

RESEÑAS

OSCAR G. PAMO REYNA. *Medicina y lenguaje*. Lima, Universidad Peruana Cayetano Heredia 1991 141 p.

Aunque aparentemente cultivamos zonas distintas de la vida humana, hay puentes tendidos que obligadamente médicos y filólogos cruzamos un día y otro día, porque nuestro obligado quehacer tiene que ver necesariamente con 'el otro', ya que en el forzado contacto con el interlocutor comprobamos la eficacia con que el lenguaje ayuda a la realización del hombre en sociedad. Si el lenguaje no 'dice', estamos incomunicados. Para que pueda concretarse la comunicación debemos descubrir qué dice la melodía ajena, qué contenido estricto ocúltase en la expresión fluida o en la entrecortada por la emoción, o aun en la desarticulada por falta de destreza o por un pobre respaldo socio-cultural. Sin ese puente obligado no hay comunicación, ni medicina efectiva ni interlocutor posible. La vida enseña que así como el médico no puede elegir enfermos ni enfermedades sino que debe enfrentarse con lo que se le presente, los filólogos estamos hechos a tropezar con toda clase de textos y con los modelos más variados de expresión. A médicos y a filólogos interesa —como dice el autor— "conseguir una mejor comunicación en general". No extraña por eso que aparezcan asociadas en la portada palabras como *medicina* y *lenguaje*. Para no ir más allá de Hermilio Valdizán, el lenguaje ha sido objeto de estudio para los médicos peruanos, tanto en lo relativo a su lado patológico como al estricto uso normal; recordamos los nombres de Luis Espejo, Jorge Voto Bernal, Carlos Alberto Seguin, Fernando Cabieses y Artidoro Cáceres. Vale asimismo tener presente los varios trabajos que alentó Honorio Delgado en la *Revista de Neuropsiquiatría*.

Este libro ha de interesa a los universitarios, cultiven o no la medicina o la lingüística: y es que interesarse por el lenguaje es un modo de proclamar nuestra preocupación por el hombre, ser *loquendi* en cuya propia naturaleza está arraigada la comunicación. Estamos los hombres programados para el

lenguaje. ¡Qué traumatizante resulta hacer esta afirmación en el Perú! Pamo confiesa la perplejidad de que se ve asistido quien se ve obligado a “entrevistar a un paciente quechuahablante”. Comprender a ‘ese otro’ que resulta, por razones del Registro Civil, compatriota nuestro y que, según nuestros cartabones, es ‘nuestro igual’, pero que no resulta, a los efectos de la comunicación indispensable, un auténtico interlocutor. Confesiones de esta naturaleza advierten sobre la técnica del libro. Pamo advierte que no se trata de un libro para eruditos, pero es libro útil de lectura abierta, por hermanar el goce del conocimiento con el de la amenidad, tarea fácil para un internista como Pamo, hombre acostumbrado a la visión integradora de quien debe analizar y ponderar los síntomas dispersos para formular luego, sobre la base de una correcta interpretación de los signos, el diagnóstico feliz.

En capítulo especial recuerda Pamo un repertorio de voces y expresiones de la vida diaria que ilustran la presencia enriquecedora de la imaginación popular. Leemos la frecuentada confesión: “Me salen granos en el cuerpo, debo tener movida la sangre”, equívoco frente al cual sonríe el autor. También yo sonrío porque evoco mi época estudiantil en que practicábamos la autohemoterapia a enfermos que se sentían satisfechos porque “les habíamos cambiado la sangre”. Está ahí también recordado el uso de *Me duele el cerebro*, vieja herencia sin duda de la acepción medieval de *cerebro* ‘cráneo’. *Que no coma pescado si tiene heridas* es viejo consejo que parece repetir consejos de mi abuela, que luego de esa frase aclaraba que el pescado ‘inconaba’ las heridas. La imaginación popular viene dando recetas desde la era hipocrática. Pamo recuerda los viejos testimonios relacionados con la esfera sexual: muchas expresiones se han ido desemantizando con el tiempo, y es poca la gente que hoy alcanza a advertir los antecedentes etimológicos. *Coño* (adecentado a veces en España bajo la forma de ¡*Concho!*) es un caso típico. Otros ejemplos (comunes entre nosotros) son *cojones* (para ‘testículos’), *carajo* ‘pene’, así como las formas derivadas: *cojonazo*, *cojudo*, *cojonudo* (o sus atenuantes *Conejo*, *Caracoles*, *Caráspita*). Aquí forman grupo también las voces que nombran ciertos procesos metabólicos: *Me cago en el mar* disimula nombrar a la madre de Dios y evita caer en blasfemia, así como *Me cago en diez* se acoge al número preciso para disimular el nombre del Dios infinito. En Andalucía nace, y desde ahí se ha expandido hasta su actual vigencia ¡*Me cago en la puta madre!* En el vocabulario juvenil actual es frecuente su valor positivo y elogioso. Testimonio de cómo hace años ya se había perdido conciencia de su significado original nos viene proporcionada por el caso del campesino que acude a dar el pésame a su amigo y dice: ¡*Me cago en tu puta madre!* y obtiene un abrazo de emocionada comprensión y gratitud, pues en

verdad ha querido decir (y así le han entendido): *¡Qué pena, qué horrible, qué desgracia!* (Beinhauer, *Spanische Umgansprache*, 83). Podríamos todavía recordar a aquel que clama ante su hijo moribundo: *¡Me cago en la puñeta!* Son expresiones afectivas de estricto valor interjectivo, que podemos oír sin estupor en boca de señoras respetables. Nada digamos del destino de ese rico vocablo *joder* (lat. *futuero*), que todavía conserva en España su preclaro valor de ‘copular’, pero que en buena parte de América tiene asegurada la variante ‘fastidiar’. Puede mencionarse aún el *Mala leche*, ciertamente alusivo al ‘semen’, que ha terminado por significar ‘mala suerte’: al fin y al cabo, lo de *mala leche* mentaba una leche ineficaz en el hombre estéril, por lo que hoy resulta risueño oírlo en boca de mujer.

Un rico vocabulario de voces populares y peruanismos vinculados con la salud y la enfermedad (págs. 53-84) ofrece información útil y a ratos novedosa, acompañada casi siempre de un ejemplo ilustrativo: ahí aparecen, por ejemplo: *abortero* ‘persona dedicada a realizar abortos’; *ardencias* ‘acedías’ (ej.: “Creo que tengo gastritis porque me da *ardencias* después de las comidas”); *berrinche* ‘mal olor proveniente de orines’; *constipado* (voz empleada para aludir sólo al resfrío y no al estreñimiento); *curso* ‘recto’ (“Estoy botando sangre por el curso, doctor”); *chaposos* ‘de mejillas rosadas’ (“Tu hijo está chaposos, debe de tener fiebre”); *ocuparse* ‘defecar’; *nervios* ‘ansiedad’ (“Ultimamente me da muchos nervios”); *postema* ‘pus’ (“Me salen granos con postema”); *vinagrera* ‘acedia’ Ilustrativo es asimismo el capítulo que reúne refranes (antiguos y modernos) vinculados con la medicina.

Medicina y lenguaje es, pues, obra que recoge una vinculación tradicional entre el lenguaje y la salud del hombre. La preocupación por el cuerpo y la salud explica el destino de muchas palabras, la aparición de muchos giros, la edición de un libro como éste de Oscar Pamo. La salud se ve involucrada hasta en las más inocentes formas de cortesía: a ella aluden implícitamente las inocentes preguntas: *¿Cómo está usted?*, *¿Está usted bien?* La gente del pueblo incluye resueltamente la palabra clave: *¡La salud, ¡buena, doctor?* Spitzer ha aclarado (*Aufsätze*) el valor de ciertas fórmulas reservadas —con plural inclusivo— para los enfermos: *¿Cómo vamos (andamos)?* es fórmula menos dramática para el enfermo que la ciertamente violenta: *¿Cómo va eso?* Y la despedida lo confirma: *Que siga usted bien!* En suma, Oscar Pamo congrega aquí inquietudes de ayer y de hoy y siembra nuevas inquietudes. Sobre medicina y lenguaje todavía tenemos mucho por realizar médicos y filólogos. Este libro sirve para no perder el hilo de la conversación.